

NISSIM SHARIM:

"Con el teatro y los af

Este hombre, que lleva a cuestas la fama del Ictus y el recuerdo de "La Manivela", pronto estrenará un montaje basado en cuentos de Juan Carlos Onetti. No recuerda cuándo nació, pero sí que lleva casi cuarenta años haciendo teatro.

POR PATRICIA CORONA

Un tipo mal vestido con un abrigo regalado por un amigo más alto, medio barbón y de pelo largo transitaba por la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile. Más que de una carrera, del teatro o de un título universitario, andaba en busca de crecer en un sentido real. "Si bien sabía que había que ganarse la vida, y por eso trabajaba en radio por las noches, intuía que no necesitaba vivir para ser rico o estudiar para eso. Ser millonario no era la papa. Hasta hoy lo tengo claro. Sí me importaba que me quisieran y eso es lo que me sigue importando."

Nissim Sharim Paz. Un hombre de teatro, un actor y director nacional repleto de anécdotas a veces tristes, emocionantes... cuentos para algunos. Evocaciones que se repiten para no llegar a olvidarlas. Para "Sacar la voz" como llamó al libro en que reunió las crónicas que publicaba en distintos medios de comunicación.

Los mitos lo rodean. Medio Chile jura que está casado con la actriz Delfina Guzmán y todavía le gritan ¡cómprate un auto, Perico! por un comercial de hace veinte años. La gente tampoco borra de la memoria su participación en el mítico programa "La Manivela" ni sus treinta años dentro del grupo Ictus, en el que aún sigue. Y aunque dicen por ahí que todo tiempo pasado fue mejor, en este caso, la añoranza se mezcla con un presente

también cautivante, junto al entusiasmo por un montaje "bonito, simple, pero sentido" basado en cuentos de Juan Carlos Onetti, próximo al estreno.

Una vida cariñosa que le viene desde niño. Desde Elie, su padre nacido en el Líbano que se sentía inglés, con una marcada debilidad hacia él. "Lo recuerdo en la clínica cuando nació mi primera hija. Después de preguntarme qué fue, me dijo: ¡Qué le vamos a hacer!, y me dio un abrazo igual."

Quizá haciendo gala de su nombre, Fortuna, su madre mantenía cierta fantasía de princesa egipcia por haber nacido en ese país africano. Tan fina que sus amigos le decían Lady Ashley. "Tenía una peluquería que no daba ni un centavo. Era una muy buena persona, pero siempre vio las relaciones humanas muy dependientes de lo económico. Lo que no es pura fantasía, ya que en esa época —y supongo que ahora también— los inmigrantes en esplendor eran objeto de una serie de reverencias hasta que se terminaba la plata. La entiendo, lo que no comprendo es que le haya durado tanto tiempo..."

Sus padres se conocieron en Londres, se casaron en Manchester, se vinieron de luna de miel a América y se quedaron en Chile. Junto al abuelo materno crearon una tienda de telas importadas en 21 de Mayo con San Pablo, al lado de "Donde golpea el monito". "Era un gran negocio, porque las traían desde Londres y eran muy valiosas. Con la guerra se fue al

Nissim Sharim sólo
va al teatro cuando
confía en quienes
prepararon el
montaje.
"Antes iba a todas
las obras, pero si era
mala, a la media
hora me paraba y me
iba. Agarré fama de
creído"

ectos no se transa"





Nissim Sharim era el predilecto de su padre, Elie, un hombre muy simpático del que heredó la veta histriónica. A la derecha, la juventud que añora.

diablo eso. Recuerdo con mucha simpatía que hablarle del control de cambio a mi padre era como nombrarle a Hitler. Una cosa terrible. Desde esa época en adelante fuimos pobres."

Hace muy poco, Nissim descubrió que Elie fue el verdadero actor de esta familia compuesta por cuatro hermanos. "Era muy divertido, nos reíamos mucho con él. No sé si intuía que era cómico, pero le ponía tanto

la pena de aprenderse poesías de García Lorca. Hoy lo agradece porque suele recitar poemas como "Muerte de Antónito el Cambario" sin haberlo repasado nunca más. "El Windsor mantenía lo inglés, pero mis profesores eran unos españoles con una cultura desbordante. Tenía algo parecido a mi familia: gran afecto y desarrollo intelectual, pero con serios problemas de organización".

se acuestan con otro! Era el desiderátum de la filosofía, la profundidad misma. Existía un elemento de conflicto, pero, al mismo tiempo, había una cierta nobleza en las relaciones. No sé describirlo bien, pero ahora hay una desafección mucho mayor. Por último, ¡pololeaban contigo! Ahora pueden acostarse contigo, pero no pololear con nadie."

Este joven estudiante de derecho se sentía

NISSIM SHARIM HA IDO DECIDIENDO AL OJÍMETRO LOS LÍMITES DE SU VIDA. TIENE CLARO QUE NO DEJARÍA EL TEATRO POR UN SUELDO MILLONARIO Y QUE LA FORMA DE PRODUCCIÓN DE LAS TELESERIES NACIONALES NO LE ATRAE EN LO MÁS MÍNIMO.

pino... No alcanzó a verme demasiado en el teatro, pero la primera vez que actué en la universidad bajó a los camarines y me dijo: '¡Eras un actor y no me habías dicho nada!' No le disgustó, pero no aceptaba que mi hermana mayor hiciera teatro. A pesar de que entendía que el arte dramático era una cuestión seria, sentía que no era tan bien visto para las mujeres, ya que su suegro —un tipo muy picado de la araña— había actuado de comparsa en Inglaterra sólo para tocarles el traste a las chiquillas".

Tan inglés lo criaron que sus dos primeros colegios fueron el Cambridge School y el Windsor, aunque se chilenoizó al terminar el último año en el Lastarria. "Fue preparatorio de la vida universitaria donde tu singularidad deja de ser tan específica como en el colegio. Estaba acostumbrado al Windsor donde eras uno de quince y te tenían hasta apodo". Como cuando se le olvidó que estaba castigado un sábado y lo supieron encontrar en una peluquería del barrio para que fuera a cumplir con

El Lastarria era mucho más anónimo, pero tenía una gracia: estaba cerca del liceo N.º 7 de niñas. "Nos encantaban las chiquillas, nos carrileábamos con ellas, mentíamos como chinos."

—¿Cómo te fue?
—¡Puh, fantástico!
—¿Dónde va?
—En la rodilla.

"Esa expresión era muy buena. Puras mentiras, nos daba terror el asunto. De repente encontraba una pololita con la que, si te tomabas de la mano, era porque Dios es grande. Siempre me interesó que las chiquillas me distinguieran, que dijeran este gallo tiene algo. Anda a saber si mi vocación de actor no estuvo influenciada con eso".

De pronto se acuerda de esas tertulias universitarias en el Parque Forestal, donde se juntaban a leer poesía haciendo gala de su acervo cultural ante las mujeres, y de ese día en que un amigo descubrió que su pareja le era infiel. "Lloraba y decía: ¡pololean con uno y

parte del ala más intelectual por discutir de filosofía, por formar un grupo teatral, ir a la Academia Literaria, hablar de Kafka —autor que conoció veinte años después— o de la Divina Comedia, obra que aún no ha leído. Tampoco dejó jamás de ir al estadio a ver a su equipo de fútbol favorito, la U. "Me tragué la píldora de que al mundo lo íbamos a dominar con el intelecto, la sensibilidad, la cultura y los sentimientos. Cref en serio en eso."

Al día siguiente de jurar como abogado tomó una decisión intuitiva. Se casó con la sicóloga Juana Kovalskys, una argentina con la que pololeó un año por carta, con la que tiene dos hijas —Paula y Dariela— y con la que sigue hasta hoy. "Las cartas desnudan un elemento intelectual que muchas veces se disimula en las parejas. Conociendo a mi mujer como la conozco hoy, estoy seguro de que no se habría atrevido a decirme en persona algunas cosas. Yo, lo mismo. Y como apenas juntábamos un poquito de plata, partíamos a ver al otro..."

Su nuevo status marital le implicó un orden espontáneo. Tenía que pagar arriendo, conseguir una oficina donde ejercer la abogacía, ganar el máximo de dinero para subsistir y ayudar algo en la casa paterna. Estuvo tres años sin actuar hasta que un día su mujer se las cantó claritas: "Tienes que volver al teatro".

Y le cambió la vida. "La verdad es que se lo agradezco. Estaba con mucha neura. Me daba susto dejar las leyes, pero el abandono fue gradual. Ahora soy una especie de asesor jurídico del teatro, siempre lo fui."

Desde ese momento ha ido decidiendo al ojímetro los límites de su vida. Tiene claro que no dejaría el teatro por un sueldo millonario o que la forma de producción de las teleseries nacionales no le atrae lo más mínimo. "Fabrican un producto que está más relacionado con el comercio y la industria que con el arte. En cambio, la mirada que le di a mi profesión teatral gracias a la universidad implica un objetivo de indagar a fondo en lo que estás haciendo." Igual lo pensó hartito la vez que le ofrecieron el papel del alcalde en "Sucupira"; pero se negó. "Para el canal, trabajar con la Delfina habría sido grito y plata; y para el teatro también me convenía esa dualidad con la televisión. Pero fui capaz de resistir".

HUMOR PARA GENTE SERIA

No recuerda cuándo nació, pero sí que lleva más de 40 años haciendo teatro, desde los quince con el montaje "Cohete a la luna" en el Instituto Pedagógico. "Ese personaje funcionó no más; fui bien irresponsable. Después me fui pegando guatazos porque creía que era llegar y actuar. Cuando me hice profesional tuve que estudiar mucho, siempre con el Ictus y al calor del teatro experimental de la Universidad de Chile."

En 1962 fue a ver "El velero en la botella", de Jorge Díaz, y le comentó a su mujer: si yo tuviera esta sala (La Comedia) qué de cosas no haría. "A los pocos meses ingresé a ese teatro y cuando tuve acceso pleno me di cuenta de que uno fantasea mucho más de lo que es capaz de hacer en realidad."

Asume, en todo caso, que la fama comenzó en esos días y con esos 17 años en los que todo lo que montaba el Ictus cobraba connotaciones insospechadas. Sobrevivieron al tiempo y son recordados quizá porque nunca

se propusieron hacer un teatro contestatario. Se salvaron de caer en panfletos. "Algunos creían que bastaba decir 'Viva la libertad' para hacer una buena obra de teatro."

Esto era más sutil. En una escena de "Nadie sabe para quién se enoja", Nissim le preguntaba a Patricio Contreras: "¿Hay centro de alumnos en tu escuela? Éste le respondía: ¡Estai loco! "Te juro que en las primeras funciones me caía la transpiración, mientras la gente se mataba de la risa. Eso era todo lo contingente que decíamos, pero bastaba."

Entró al Ictus, un grupo pionero en mostrar la vanguardia teatral, porque se fascinó con su estilo de búsqueda investigativa. Se dedicó al teatro del absurdo de Ionesco, Jorge Díaz o a los dramaturgos ingleses. "Todas las imperfecciones que teníamos como iniciados, el público tendía a perdonarlas por las cosas desconocidas que entregábamos."

Hasta que en 1965 el elenco sintió la obligación de profesionalizarse y se consolidaron con la creación colectiva como forma de expresión. "El fenómeno artístico siempre se produce como un encuentro de necesidades entre lo que el emisor necesita decir y lo que le es negado al espectador en la sociedad. Lo más curioso es que no se puede planificar, sólo lo puedes percibir después del acto artístico."

Desde esos días viene su dupla profesional con la actriz Delfina Guzmán, relación que más de una talla le ha costado cuando lo ven con su verdadera mujer. Se lo toma con humor y hasta lo entiende. "¡Son tantos años!", dice mientras se encoge de hombros.

Con su pareja de ficción trabajó también para la televisión en 1969 con la triple oferta de un programa infantil, teleteatros y "La Manivela." La última perdura solamente en la añoranza de los espectadores, porque las grabaciones se perdieron. Otros sólo pueden imaginársela por lo que cuentan por ahí. "Nos tirábamos a nado a actuar. Construíamos situaciones bien claras y concretas, pero dentro de ellas improvisábamos. Hubo cosas estupendas. De repente un actor se sentaba, te miraba y no hacía nada más. O cosas insólitas e inesperadas de las que nosotros mismos nos sorprendíamos. Es que no supe qué hacer, nos excusábamos."

Llegó 1973, cuando después de darse hartas vueltas mentales, el elenco del Ictus decidió que tenía que hacer lo que sentía. "Y si estaba

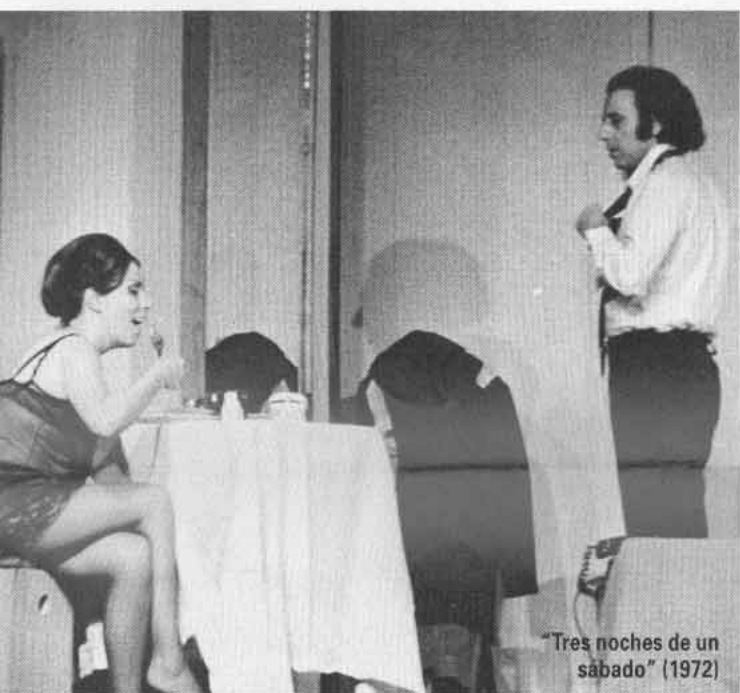


Juana Kovalskys, la sicóloga argentina con la que se casó al día siguiente de jurar como abogado. Abajo, el actor y su esposa disfrutan de Antonio y Noela, dos de sus nietos.





"Introducción al elefante y otras zoologías" (Televisión Nacional, 1969)



"Tres noches de un sábado" (1972)



"La mar estaba serena" (1982)



"Nadie sabe para quién se enoja"



"Lindo país esquina con vista al mar" (1979)



"Primavera con una esquina rota (1984)"



Parte del elenco que participó en el programa "La Manivela": de izquierda a derecha, Marcelo Gaete, Nissim Sharim, Julio Jung, Luis Melo, María Elena Devauchelle, Delfina Guzmán y Jaime Celedón.

prohibido, y si nos iban a exiliar, o si nos iban a matar, teníamos que correr el riesgo. Y nuestra necesidad de expresarnos coincidió una vez más con una necesidad de un núcleo muy importante de gente que buscaba que le dijeran que estaba viva, que era posible volver a ser libre y reírse de esto o aquello."

Por eso Sharim se sorprende si le comentan: "Es que ustedes se tiraron en contra." "¡Nosotros sólo vivimos nuestra circunstancia! Lo otro habría sido hacer obras clásicas, como hicieron los teatros universitarios. No teníamos ni una gana. Si me he dedicado a esto es para hacer cosas que motiven, si no sigo siendo abogado."

De aquí surgen las historias conocidas, emocionantes, transgresoras que formaron un panorama existencial con una expresión artística muy concreta. Como la tristeza durante "Primavera con una esquina rota", ese momento en que se enteraron de la muerte del hijo de Roberto Parada. El teatro estaba repleto. "Roberto no quiso parar la función. Llorábamos todos. En una escena hablábamos de la tortura y al viejo se le caían unas lágrimas gruesas. Yo sentía a la gente al lado llorando. Las cosas que actuábamos eran iguales a lo que estaba pasando. Ya no sabías qué era verdad y qué no. Durante el final de varias funciones, el público se paraba, caminaba hasta el escenario, le daban un abrazo a Roberto y bajaban. Todos los demás manteníamos la cabeza gacha por 15 ó 20 minutos."

Por miedo pensó irse al extranjero, ya que un recado le advirtió que encabezaba una lista de artistas que serían expulsados. Incluso se reunieron y analizaron la posibilidad de partir una temporada a Buenos Aires. "La información empezó a decrecer y después alguien contó que Jaime Guzmán —quien comentaba: venir a este teatro es ir a ver cómo se ríen de uno—, nos había defendido. Nunca supe bien, pero no me moví de aquí en realidad." Tal

como ese personaje de la obra "Cuántos años tiene un día" que exclamaba: yo siempre he estado aquí, cuando todo Chile se volvió loco yo también estuve aquí....

"Era muy impresionante y también un poco vanidoso, pero reflejaba lo que uno sentía. Había una matriz épica en todo esto. Viajé a Europa en 1977, porque se estaba muriendo un amigo, y Ariel Dorfman, a quien yo no conocía, me fue a recibir de brazos abiertos al tren. Todas esas cosas un poquito hiperbólicas, te acentuaban el deseo de estar aquí."

De haberse ido quizá no habría participado en obras que todos los críticos avalan como señeras. Como "Pedro, Juan y Diego", un montaje sobre el empleo mínimo en que un obrero de la construcción, un verdulero y un empleado del Banco del Estado cargaban piedras de un lugar a otro para construir una pirca. Y después debían demolerla. "Era una patada pegada con una finura y un humor fantástico para la supuesta gran solución contra la cesantía."

O quizá, de haber partido, tampoco habría sentido la complicidad del público mientras le guiñaba un ojo al recitar: Cayó, cayó, cayó... ¡Miren a la gente cómo celebra en las calles! ¡Miren a los ángeles cómo abrazan al pueblo (...)! ¡Cayó, cayó, cayó! Cayó el general Ibáñez ("Lindo país esquina con vista la mar").

LOS NUEVOS TIEMPOS

Llegó la democracia y esta película tomó otros colores. "Al mismo tiempo que se acababan las utopías como el socialismo, se termina justo esto otro. Y ya no sabes cuál era peor. Todo lo que he tratado de hacer en estos últimos años tiene que ver con la sensación de un piso movedizo. Todo el mundo está dedicado a ser un burro que gana dinero. Hay falta de perspectiva, de ilusiones, de ideales, de amor, de misterio, de saber qué es lo quieres. No hay nada; se acabó no más.

La gente busca la cosa práctica."

Los momentos de nostalgia en que echa de menos un esfuerzo colectivo con gente que tenga un currículo parecido al suyo, se entrecruzan con las ganas de seguir haciendo teatro tras los últimos éxitos como "Sostiene Pereira" o "Einstein". Cree que con sus yuntas de antes —Delfina Guzmán, Jaime Celedón, Claudio di Girolamo, Andrés Rillon, Julio Jung, José Manuel Salcedo— la evolución ha sido muy diferente en los últimos diez años. "Igual perdura algo entre nosotros que no logro conceptualizar bien."

Con la mayoría de ellos filmó "Página web", un programa para TVN que los focus group del canal han tildado de demasiado intelectual para ser estrenado por ahora. "Nos costó mucho ponernos de acuerdo. Cuando lo terminamos tenía la sensación de que podríamos haber hecho algo infinitamente mejor y, sin embargo, al ver algunos capítulos editados me sorprendí positivamente. No digo que suspendan los 'Viva el lunes' ni las telenovelas, pero permitan que haya expresiones paralelas para descubrir si es realmente eso lo que quiere ver la gente." Por ahí, en todo caso, circulan conversaciones con Chilevisión.

Habría que ver qué sucede. Con la misma cautela y exigencia que ha adquirido en los últimos tiempos. Sobre todo con el teatro, al que va sólo cuando confía en quienes prepararon el montaje. "Antes iba a todas, pero si era mala, a la media hora me paraba y me iba. Agarré fama de creído. Así como creo que no hay nada mejor en el mundo que una buena puesta en escena, siento que no hay nada peor que algo teatral mal hecho. Como en ninguna otra expresión artística, el fenómeno está ahí, está vivo, y de alguna manera empiezas a compartir el pudor. Y si eres actor o director, sientes que has perdido miserablemente el tiempo, porque a lo mejor tú eres tan malo como lo que estás viendo." ■